LAS GRACIAS DE GEDEON

LAS GRACIAS DE GEDEON

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ARREGLADO À LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. RAMON NAVARRETE

Representado por primera vez en el Teatro del Príncipe
el 2 de Marzo de 1844

CUARTA EDICIÓN.

M. P. D.

PRECIO: I PESETA

MADRID
ESTAB. TIP. DE LOS SUCESORES DE CUESTA
Calle de la Cava-alta, núm. 5
1892

PERSONAS	ACTORES
D. Juan.....................	D. Florencio Romea.
Gedeon, *su criado*...........	D. Mariano Fernandez.
D. Sinforiano...............	D. Luis Fabiani.
Carlota, *hermana de Gedeon*..	Doña María Córdoba.
Luisa, *hija de D. Sinforiano*.	Doña Trinidad Parra.

La escena es en Madrid.

ACTO ÚNICO

Un salon en casa de don Juan; puertas en el fondo y laterales. A la izquierda una ventana. Entre esta y la puerta del fondo está colgada una gran jaula con un loro dentro. Cerca se ve una red para coger mariposas. A la izquierda de la puerta del fondo una papelera, y encima un vaso antiguo de tierra encarnada y una palmatoria. A la izquierda un velador. A la derecha una mesa con tapete, y sobre ella una escribanía y algunos grabados. En una silla, en el fondo, un frac azul con botones dorados; sobre otra una funda de bayeta verde, destinada á cubrir la jaula del loro.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA y GEDEON. Al levantar el telon, Carlota limpia el polvo á los muebles; Gedeon, sentado delante de la mesa, mira atentamente los grabados que hay sobre ella. Se oyen grandes campanillazos antes de que hable ninguno de los dos.

GEDEON. Hermana, se me figura que llaman.

CARL. ¡Ya lo creo! ¿Y por qué no vas á abrir?

GEDEON. Porque no puedo; porque estoy mirando estas estampas. (Llaman de nuevo.)

CARL. ¡Pero ve, hombre, ve!

GEDEON. Que se aguarden un poco; en este instante contemplo el paso de las Termópilas.

CARL. ¡Habrá babieca! Mejor hubiera yo hecho en ir desde el principio. (Váse por el fondo.)

GEDEON. ¡Qué viva de genio es! (Se oye llamar otra vez.) Yo no sé quién es el que ha inventado las campanillas; pero desearia que le colgasen una de cada oreja, para que gozase de su invencion.

(Mirando la estampa.) ¡El paso de las Termópilas! ¡Qué bárbaros! ¡Pues no se baten en cueros! ¡Ah! No, no, no... Que tienen gorras... Serian quizás catalanes ó cosacos, una de dos.

CARL. (Volviendo á salir con un gran canasto.) Aquí están ya los regalos de boda. (Deja el canasto sobre una silla junto á la ventana; al mismo tiempo vuelve á sonar otra campanilla distinta de la anterior.)

GEDEON. Carlota, Carlota: ¿no oyes que el amo llama?

CARL. Lo sé tan bien como tú. (Vuelve á llamar.)

GEDEON. (Con mal humor.) ¡Caramba si tiene aficion á repicar! Yo creo que su padre debió ser sacristan, ó que le ha picado alguna serpiente de cascabel. (Gritando.) ¡Ya van, ya van!

JUAN. (Desde dentro.) Que no me has traido el frac...

GEDEON. (Cogiendo el frac y cepillándole á toda prisa.) Le estoy cepillando á usted, señor...

CARL. Eso debias tenerlo ya hecho.

GEDEON. No tardaré mucho, porque está nuevecito... como que le han traido esta mañana, y no hubiera tenido tiempo de coger polvo, si yo no le hubiese dejado caer al suelo. ¡Vaya, bien! ¡Ahora se me queda un boton en la mano!

CARL. Le habrás violentado...

GEDEON. No por cierto; ¿por qué le habia de violentar? Yo no he tenido nunca ningun resentimiento con él, y ni le conozco siquiera.

CARL. ¡Otra tontería! Dáme, lo pegaré. (Toma el frac, se sienta junto al velador y recose el boton.)

GEDEON. Ahí va, hermanita. Tú eres muy sabia; tienes mucho talento, y compones todo lo que yo estropeo... ¡Dios sabe si te proporciono ocupacion!

CARL. (Suspirando.) ¡Bastante!

GEDEON. Pero esta vez no es mia la culpa; ¡cosen tan mal los sastres! La quieren echar de primorosos, y para que parezcan las puntadas imperceptibles, acaban por no hacerlas ni bien ni mal; ahora pegan con engrudo los botones...

CARL. ¡Pues!...

GEDEON. (Enfadado.) ¡Yo probaré que los pegan con engrudo esos pícaros! Si yo soy alguna vez ministro...

CARL. ¿Tú?

GEDEON. ¡Toma! ¡Otros lo han sido que valian menos que yo! Y continúo: si soy yo ministro, he de enviar á presidio á todos los sastres; tantos sastres, tantos presidiarios.

CARL. ¡Imbécil! ¿Y quién te había de vestir?

GEDEON. No me vestiria, me iria á alquilar una casa en el paseo de las Termópilas, donde parece que la última moda es ir en cueros y con las manos en los bolsillos.

ESCENA II

DICHOS y DON JUAN, en bata

JUAN. Vamos, ¿y mi frac? ¿Lo tendré hoy ó mañana?

CARL. Al instante, señor.

GEDEON. Yo le diré á usted; es que tenia un boton que se pronunció, y que sigue pronunciado.

JUAN. ¡Un frac nuevo! ¿Quién ha hecho esa gracia?

El loro. Gedeon.

JUAN. ¿Lo oyes?

GEDEON. Si usted hace caso de las calumnias de un pájaro, no tengo que hacer más que callarme.

JUAN. Por ahí debias comenzar siempre.

GEDEON. Es que ese animal me profesa odio; el otro dia tuvimos unas palabras los dos, y desde entonces me hace blanco de su maledicencia.

JUAN. (Con desprecio.) ¿Has tenido palabras con un loro?

GEDEON. Sí, señor; yo le dije: «¿Has almorzado, lorito?» Juzgo que esta es una pregunta que puede uno permitirse hasta con los loros de más catego-

ría. (Adelantándose hácia la jaula con humildad.) Yo no creo haberle faltado á usted con esas palabras. (Vuelve hácia don Juan.) Pues bien, señor, él me respondió una cosa grosera, é impropia de la boca de un pájaro. Ya comprende usted que no iria yo á ponerme como... como una rabanera con él; le volví la espalda, y seguimos picados; esta es la verdad. Si miento, que me vea cubierto de botones desde los pies á la cabeza.

JUAN. (Riéndose.) Entonces serias más dichoso que mi frac.

GEDEON. (Riéndose tambien.) Ya entiendo ese enigma.

JUAN. Cuando hay que hacer una bestialidad, no hay miedo de que se la cedas á nadie.

GEDEON. Es cierto que soy rompedor; es cierto que tengo la mano un poco... frágil.

CARL. (Yendo á poner el frac sobre la silla.) No es suya la culpa, señor; y debe usted perdonarle... porque vino al mundo con mala estrella.

GEDEON. En 1821, año del gran eclipse. No ignora usted que dijeron que la tierra se iba á quebrar, á partir en pedacitos como lentejas, y sin duda fuí yo enviado para comenzar la cosa.

JUAN. Pues ten cuidado no te mande yo á acabar tu mision á otra parte.

GEDEON. ¡Quiá!

JUAN. ¿Cómo quiá? No me incites mucho, porque si por fin me canso... ¿Y qué harás si te pongo en la calle?

GEDEON. ¿Qué haré?... ¡Jú, jú, jú! (Imitando el llanto.)

JUAN. Y no tendrás donde meterte.

GEDEON. ¡Oh! En cuanto á eso, si algun dia me echa usted de casa, tiraré de la campanilla hasta que, por no oirme, me abra su merced la puerta.

JUAN. (Tirándole de una oreja y sonriéndose.) ¡Bribon! Si no fuese en memoria de los buenos servicios de tu familia, y por tu hermana, que es tan buena, tan hábil, tan cuidadosa...

CARL. Señor...

JUAN. Vamos, dáme el frac... ¿Cuándo dejarás de mirarme como un imbécil?

GEDEON. (Yendo por el frac.) Yo no le miro á usted como un imbécil, sino como un sabio. (Presenta la manga derecha del frac, y don Juan mete el brazo izquierdo.)

JUAN. (Enfadado.) ¡Otra! ¡Vete, demonio, vete!

GEDEON. (Asustado, yéndose.) ¡Cáspita! Señor, ¡me descuaja, me despampana usted!

JUAN. (Entrándose el frac él solo.) Vete, te digo. ¡Parece imposible que un hombre de tu edad no sirva para nada!

GEDEON. (Llorando.) ¡Pero si soy todavía una criatura; no tengo más que veintitres años!

JUAN. (Furioso.) ¡Veintitres años! ¡Ya eres muy viejo para niño!

GEDEON. (Yéndose.) Pero muy jóven para viejo. Ya tomo, ya tomo pipa.

ESCENA III

DON JUAN y CARLOTA

CARL. ¡Pobre chico! ¡Cómo le riñe usted!

JUAN. No consiste en mí; es imposible vivir en paz con él. Conoce que le estimo y que sentiría tenerle que despedir, y por eso ejecuta tantas tonterías.

CARL. Su timidez le hace parecer torpe; él, naturalmente, no tiene mucho de lo de Salomon, y...

JUAN. Si supiese solamente la mitad que tú...

CARL. Es que usted me ha echado á perder, porque me dió una buena educacion; mientras que Gedeon...

JUAN. ¿Acaso he podido yo hacer carrera de él?

CARL. Tenga usted paciencia; ya se corregirá.

JUAN. ¡Dios lo quiera! Es hijo de un antiguo criado de mi tio; los dos habeis nacido en esta casa, y desearia que no saliéseis de ella nunca.

CARL. (Con intencion.) Ahora va usted á casarse, y quién sabe si...

JUAN. ¿Qué? Yo seré siempre amo.

CARL. Eso lo dicen todos antes de la boda.

JUAN. ¿Acaso este proyecto no merece tu aprobacion?

CARL. Yo no tengo que darle á usted consejos.

JUAN. Cuando te consulto, señal es de que quiero saber tu opinion. No hay cosa más inútil en el mundo que un soltero sin familia. Es... yo no sé lo que es... es una seta que no tiene raíces, y que no produce flores. Yo soy solo, y por eso, para poner término á mi soledad, me he decidido á tomar estado.

CARL. Si es así, tiene usted razon; y sin duda que doña Luisa...

JUAN. ¡Pero lo dices de una manera! Además, la casualidad lo ha hecho todo. Conocí á mi futura en la diligencia, y...

CARL. ¡Vaya una suerte!

JUAN. Volvia de Zaragoza á Madrid, despues de la muerte de mi tio, y estaba triste y distraido; Luisa y don Sinforiano, su padre, venian solos conmigo en el interior; entre Calatayud y Ariza notaron mi melancolía; el padre me preguntó la causa cenando en Alcolea, y no le respondí nada. Sin embargo, al llegar á Guadalajara le dije: «Caballero, ¿me pregunta usted lo que tengo?» Y se lo conté todo. Al llegar á Alcalá, ya éramos íntimos amigos; su hija me habia mirado varias veces con dulzura antes de avistar las casas de Torrejon, y allí fué donde quedé enamorado, perdido...

CARL. ¡Enamorado!

JUAN. No, no experimenté esa pasion violenta hasta un poco antes de Canillejas, y me molestó bastante, porque aún teníamos que andar dos leguas.

CARL. ¿Y entonces se animó usted?

JUAN. No mucho, porque yo soy tímido, y poquita

cosa naturalmente; sin embargo, me atreví á apretar la mano á la niña delante de la alameda de Osuna, y al pasar por la Plaza de Toros, el padre me ofreció su casa. Después de mi llegada lo arreglé todo, y mañana...

CARL. (Suspirando.) ¡Mañana! ¿Y quiere usted mucho á esa doña Luisita?

JUAN. Al menos lo creo así.

ESCENA IV

DICHOS y GEDEON

GEDEON. (Desde lejos.) Señor...

JUAN. ¿Qué hay?

GEDEON. Acaba de venir el pasante de su escribano de usted.

JUAN. Pues que entre.

GEDEON. (Dando un paso para marcharse.) Al momento. (Volviéndose atrás confuso.) Pero es que... le he despedido.

JUAN. No esperaba menos de tí.

GEDEON. (Sacando un papel.) Si, he tomado un papel que traía.

JUAN. No es mala suerte. ¿Y por qué despediste á ese jóven?

GEDEON. ¡Toma! ¿No me ha dicho usted: no dejes entrar nunca á los que tengan mala cara? Y como ese mozo es tan feo...

JUAN. ¡Es increible su estupidez!

GEDEON. (Desconsolado.) ¡Yo he de perder la cabeza! Era flacucho y encanijado. ¿Es esto tener buena cara?

JUAN. Mas si tú le conoces, si sabes quién es...

GEDEON. Sí, señor, y así le dije que vuelva cuando sea más bonito.

JUAN. ¡Cállate! ¡No se habrá reido y burlado poco de tí!

GEDEON. ¡Vaya si se riyó! Y yo tambien; los dos nos hemos reido de lo lindo. (Carlota toma el vaso que está sobre la papelera, lo pone sobre la mesa de la derecha para limpiarle, y lo deja allí.)

JUAN. (Desplegando el papel.) ¡Ah, es el contrato matrimonial! Veamos si está bien la cláusula con que tiene tanto afán mi suegro. Sí: (Lee.) «El futuro esposo promete poner en manos de su consorte, la víspera de su casamiento, una suma de dos mil duros para alfileres.»

GEDEON. (Aparte.) ¡Dos mil duros para alfileres! ¿Tantas cosas tendrá que prenderse el día de la boda?

CARL. Señor, es un escándalo hacerle á usted que anticipe una suma como esa.

JUAN. Me creen avaro, y quiero que se desengañen.

GEDEON. ¡Avaro él! ¡Un hombre que daria su camisa para alimentar á los indigentes! ¡Oh, es una infamia! Es... (Aparte dando una patada.)

JUAN. ¿Qué es eso?

GEDEON. (Tranquilamente.) Nada, señor.

JUAN. ¿Por qué dabas patadas?

GEDEON. Era... una araña á quien yo molestaba ligeramente en su paseo.

JUAN. (A Gedeon.) ¿Y has hecho lo que te dije con mi reloj?

GEDEON. Sí, señor, ya está.

JUAN. Pues dámelo.

GEDEON. (Asombrado.) ¿Su reloj de usted?...

JUAN. ¡Cómo! ¿No le tienes?

GEDEON. Yo ejecuté lo que usted me mandó. Usted me dijo: Gedeon, toma mi saboneta, y para ser mañana exacto á la hora señalada, ves á ponerle con el reloj del Ayuntamiento.

JUAN. ¿Y bien...?

GEDEON. Obedecí; puse su reloj de usted con el de la Villa, y allí se quedó.

JUAN. (Furioso.) ¡Imbécil!... ¡Animal!

CARL. (Colocándose entre los dos.) Dispénsele usted; no comprendió...

JUAN. Voy corriendo ahora á recogerlo, si es que ya no ha volado.

GEDEON. ¡Volar un reloj! ¡Ni que fuese un ave!

JUAN. Y lo que más siento es que era regalo de mi tio. ¡Estúpido, bestia!

GEDEON. (Aparte, escandalizado.) ¡Cómo trata á su tio!

JUAN. Vamos, mi sombrero, mi baston.

GEDEON. Tome usted, tome usted. (Le da el sombrero y le presenta el baston por la contera; don Juan le coge sin reparar.)

JUAN. (Aparte.) ¡Está visto! ¡No puedo sufrir más á este zopenco! (A Gedeon.) ¿Has perdido la cabeza?

GEDEON. (Mirando al baston.) En efecto, no está ahí la cabeza.

JUAN. ¿Qué? (Mirando el baston.) ¿Otra más? Merecerias que te lo rompiese en las costillas.

CARL. (Colocándose entre ellos.) Señor... señor...

JUAN. (Furioso.) Me voy, porque si no, imbécil, inepto, bruto...

GEDEON. (Humildemente.) ¡Así, así, desahóguese usted!... (Váse don Juan por el foro.)

ESCENA V

GEDEON y CARLOTA

GEDEON. ¡Qué ingratos son los amos! ¡Hé ahí un hombre que lo toma todo al revés, y especialmente los bastones!

CARL. Di más bien que es un ángel de paciencia.

GEDEON. ¡Ah! Si yo tuviese siquiera doscientos reales de renta (lo que no es gran cosa), iria á establecerme en un bosque, y no me mantendria más que con verde.

CARL. ¡Jesus! ¡Jesus!

GEDEON. (Gritando.) ¡Sí, con verde! ¡Y sólo comería insectos los viernes!

CARL. ¿Y te separarias de mí? ¿Conque no me amas?

GEDEON. ¿Que no te amo? Te adoro, te idolatro, y cuando me hablas así, resuena tu acento en mi corazon... como... como si fuese un tambor... Mira, hasta creo que me casaria contigo si tú quisieras.

CARL. ¡Necio! ¿Pues qué, se pueden casar los hermanos?

GEDEON. ¿Por qué no?

CARL. Es un parentesco demasiado próximo.

GEDEON. ¡Qué barbaridad! ¡Mi padre se casó con mi madre, y ya ves si son parientes más cercanos marido y mujer!

CARL. ¡Pobre Gedeon, qué tonto eres!

El loro. ¡Sí, sí!

GEDEON. ¡Maldito bicho! ¡Con cuánto gusto te retorcería el pescuezo!

CARL. No te se ocurra jamás hacer una diablura con él, porque ya sabes que el amo le aprecia infinito.

GEDEON. ¡Toma! Relleno de paja viviria mucho más tiempo!... Algunos loros han vivido mil años de esa manera.

CARL. Vamos, enciende esa bujía de la palmatoria, que tengo que bajar á la cueva.

GEDEON. Al momento, hermanita; déjame solamente que ponga este vaso en su sitio.

CARL. No, no lo toques. Temo que te se vaya de las manos.

GEDEON. Que se me vaya el... Pues no lo tocaré; porque en cuanto yo lo rompiese, el amo me echaria todavía la culpa. Así son los amos, así son.

CARL. ¿Y la luz?

GEDEON. ¡Ya, ya! (Coge de la mesa furioso el contrato que don Juan había dejado allí, le arrolla, toma en seguida la palmatoria que está sobre la papelera, éntrase un instante por la puerta de la derecha, vuelve á salir, y con el papel ardiendo enciende la bujía.) Toma.

CARL. ¿Qué tienes ahí?

GEDEON. Nada, un papel.

CARL. ¿Qué papel?...

GEDEON. Lo ignoro; estaba escrito por todas partes, y no se podia poner ni una palabra más en él. (Apagándole.) Míralo.

CARL. (Dando un grito.) ¡Ay, Dios mio!

GEDEON. ¿Qué hay?

CARL. Es el contrato de matrimonio del señor.

GEDEON. (Muy asustado.) ¡Cielos! (Al extender los brazos deja caer el vaso antiguo, que se quiebra; entonces lanza un nuevo grito.) ¡Ah!...

CARL. (Desesperada.) ¿Pero, condenado, no miras lo que haces?

GEDEON. (Mirando los pedazos que estan por el suelo.) Bien ves que sí. (Con voz movida.) ¡Carlota! ¡Yo tengo pesares intestinos!

CARL. (Recogiendo los pedazos.) ¡Y el amo que estimaba tanto este vaso!

GEDEON. Felizmente no tiene más que tres trozos.

CARL. ¡Buen consuelo!

JUAN. (Dentro.) ¡Carlota! ¡Carlota!

CARL. ¡Es la voz del amo!

GEDEON. Sospecho que ha entrado. (Con espanto.) ¡Carlota, me va á devorar! ¡No le digas que yo he sido! Hermana, esconde el vaso, y yo te esconderé cuando seas vieja... y estés rota. (Váse. El vaso no se ha quebrado más que por un lado, y Carlota, que ha recogido los fragmentos, los coloca sobre el velador, de modo que la rotura no se vea por la parte de afuera.)

CARL. ¡Pobre muchacho! ¡Si yo pudiese hallar medio de disculparle!

ESCENA VI

CARLOTA y DON JUAN

JUAN. Carlota, Luisita y su padre no vendrán á comer, pero tomarán alguna friolera.

CARL. Muy bien.

JUAN. ¿Qué tienes? Te encuentro conmovida... agitada.

CARL. ¡Es que... es que... si supiera usted lo que ha pasado durante su ausencia!

JUAN. ¡Ay! ¿Qué ha sido?

CARL. ¡Mi hermano, mi pobre hermano, se ha vuelto loco!

JUAN. ¡Loco un tonto! ¡Eso es un fenómeno!

CARL. Loco ó poco menos; y el exceso de cariño que le tiene á usted, es lo que le ha producido ese efecto. Ya se acordará usted cómo dió una patada cuando leia ese contrato que le trajeron...

JUAN. Sí; confieso que nunca le habia visto tan animado.

CARL. Pues lo peor fué cuando usted se marchó. Dále con la suma que le hacian pagar á su amo, y con que era una picardía y una infamia; y qué sé yo qué más.

JUAN. ¡Pobre Gedeon!

CARL. (Con tristeza.) ¡Sí, señor, sí; le ha causado mucha pena, mucha! Luego me decia: ¡Figúrate tú si el amo no encontraria novias á porrillo, y sin que le hiciesen pagar tan cara su felicidad! ¡Cuántas se darian con un canto en los pechos sólo porque él las quisiera! ¡Porque es tan bueno, tan amable, tan generoso!...

JUAN. ¿Eso decia?

CARL. Y es la verdad; no debe usted resentirse; hablaba con el corazon en la mano.

JUAN. ¿Resentirme yo? Si sabes que le estimo de veras... Cuando me incomodo, es porque su torpeza pasa los límites de lo creible.

CARL. Y lo que ahora acaba de hacer es peor que nada.

JUAN. ¿Cómo?

CARL. No me atrevo á decírselo á usted.

JUAN. Habla; te lo mando.

CARL. Pues, señor, se apoderó del contrato, lo hizo trizas y lo arrojó al fuego.

JUAN. ¡Santa Bárbara!

CARL. Yo no tuve tiempo de impedírselo. (Mostrando el

pedazo medio quemado.) Hé aquí todo lo que pude salvar.

JUAN. ¡La ha hecho buena! ¡Ahora en qué compromiso me voy á hallar!

CARL. Eso le he dicho yo.

JUAN. Y el padre, que es un hombre muy fastidioso... muy cócora...

CARL. ¿Qué le importa á usted, si su hija le ama?

JUAN. Sí, pero...

CARL. Parece que no está usted muy seguro...

JUAN. Ya se ve, como hasta ahora no la he hecho mi declaracion formal... Luego, Luisa es tan adusta...

CARL. ¿De veras?

JUAN. Como lo oyes.

CARL. Pues se encuentra usted adelantado.

JUAN. Yo quisiera verte en mi lugar.

CARL. Y si yo estuviese en el de ella...

JUAN. ¿Qué harias, Carlota?

CARL. Nada; no infundirle á usted demasiado miedo.

JUAN. Es que con ella le tengo, y contigo no lo tendria.

CARL. (En tono de burla.) ¡Hola!

JUAN. Y empezaria...

CARL. ¿Por dónde?

JUAN. Por pedirte un abrazo.

CARL. Déjeme usted, déjeme usted.

JUAN. Tú me has incitado y te lo he de dar. (Corriendo tras de ella.)

CARL. Vamos, que no me gustan esas bromas. (Huye riéndose, y da así la vuelta á la sala; al llegar junto al velador, y en el momento en que don Juan la coge del vestido, ella empuja el vaso que está allí, y le deja caer.)

JUAN. No alborotes, mujer, no alborotes.

CARL. (Dando un grito.) ¡Ay! (Aparte.) ¡Logré lo que queria!

ESCENA VII

DICHOS y GEDEON

GEDEON. (Sale corriendo por el foro.) ¿Quién rompe algo aquí? (Aparte.) El amo lo sabe todo sin duda.

CARL. (Cogiendo el vaso.) ¡Ah! ¡Cuánto siento!...

JUAN. (Confuso con la presencia de Gedeon.) No te apures, eso no es nada.

GEDEON. ¡Nada! ¡Un vaso magnífico! Señor, era una alhaja, y me pesa infinito...

JUAN. Además, tú no tienes la culpa.

GEDEON. ¿La culpa? ¡Ya lo creo! Ella se acusa siempre de todo; y es... frágil por virtud.

CARL. (Bajo á Gedeon.) ¿Quieres callarte?

GEDEON. El autor de esa desgracia es un pícaro, un infame, un eunuco, á quien yo daria...

JUAN. (Muy admirado.) ¿Qué lenguaje es ese?

GEDEON. Es decir, si pudiese...

CARL. (Bajo á Gedeon.) ¡Imbécil! Cállate, que lo echas á perder.

GEDEON. No, no quiero que te acusen. Yo le diré á todo el mundo lo que ha sucedido.

JUAN. Te mando que te calles.

GEDEON. ¡Ah! (Aparte.) ¡Hombre generoso! ¡Yo te bendigo interiormente!

JUAN. Vamos, Carlota, no te aflijas por lo ocurrido, y recobra tu alegría.

GEDEON. (Aparte.) ¡Se ha vuelto loco! ¿Pues no la está camelando ahora? ¡Sí; es fijo, la camela!

JUAN. Yo voy á vestirme para recibir dignamente á mi nueva familia. Vamos, esa mano. ¿Estás enfadada?

CARL. No, señor. (Le da la mano.)

GEDEON. ¡Le toma el pulso Carlota! ¡Sin duda estará malo!

ESCENA VIII

CARLOTA y GEDEON

CARL. (*Aparte.*) ¡Es singular! ¡Siento el corazon tan oprimido!...

GEDEON. (*Aparte.*) ¡Qué lástima que un hombre de tanto talento se vuelva imbécil! ¡Pero siempre será un imbécil de talento!

CARL. (*Aparte.*) Sí; yo no debo permanecer aquí; sufro demasiado. Conozco que no podria resistir á la pena de verle esposo de otra. Escribiré á mi tia para que me busque casa. (*Abre la papelera, saca el libro de cuentas y papel blanco. y se pone á escribir durante el monólogo de Gedeon.*)

GEDEON. Yo tambien voy á embellecerme un poco, pues quiero hacer honor á mi amo. Me encajaré la librea que me compró. ¡Cómo me gustan á mí las casacas galoneadas! ¡Parece uno algo! Daria un millon, si lo tuviese, por ser lacayo. ¡Pero ya se ve, como yo no estudié jurisprudencia, no pude dedicarme á tan honrosa profesion! ¡Por vida del diablo! ¡Y yo habia nacido para ella! Tengo todas las cualidades morales necesarias, menos las pantorrillas, que son invisibles. ¡Dios me ha castigado por ambicioso! (*Váse medio llorando por la derecha.*)

CARL. (*Leyendo lo que acaba de escribir.*) «Mi querida tia: La escribo á usted estos renglones, para decirla que soy muy desgraciada, y que es menester que me busque otro acomodo. Nada me falta en casa de don Juan Ramirez; pero... no puedo permanecer en ella... porque le amo. Cuando me dijo que se iba á casar, no sé cómo no conoció mi afliccion, y tuve que esconderme para ocultar mis lágrimas. Sí; ya es tiempo de que yo me separe de él. Así, querida tia, cuento con usted; y para que el amo no se oponga á mi

marcha, (Con voz conmovida.) me iré en la diligencia á Carabanchel, donde usted reside, sin decirle nada.»

GEDEON. (Sale por la izquierda con una casaca galoneada por el cuello.) Carlota, el amo te llama para que le pongas la corbata.

CARL. Ya voy. (Mete la carta entre el libro, y vuelve á ponerlo todo en la papelera.) Ocultemos esto, para que nadie sepa mi plan; despues la acabaré (Alto.) Cuando vengan don Sinforiano y su hija, que se esperen aquí; y no olvides nada de lo que te he encargado.

GEDEON. No tengas miedo, Carlotita. (Contoneándose.) ¿Qué te parezco con este traje?

CARL. Estás hecho un sol.

ESCENA IX

GEDEON

GEDEON. ¡Pobre Carlota! Yo estoy seguro de que nunca habrá visto al sol de gran librea, y dice eso para lisonjearme. Me encarga que no olvide nada, y se deja la llave puesta en la papelera. ¡Qué descuidada es la juventud! (Quita la llave y se la guarda en el bolsillo.)

Loro. ¿Has almorzado, lorito? No, no, no.

GEDEON. Ese sí que no hay cuidado de que olvide nada. Todo el dia está almorzando. Y luego no he visto cuadrúpedo más sucio; porque creo que es un cuadrúpedo. Yo no le puedo ver, especialmente cuando cierro los ojos. (El loro chilla.) Ya voy, ya voy á darte tu bizcocho, animal. Algunas veces me sonrojo de ser ayuda de cámara de un individuo semejante, y creo degradarme cuando limpio su jaula. Y el amo que le quiere tanto, porque se lo regaló su futura. ¡Futura! ¡Bonito nombre para mujer! Por eso respeto al bicho, porque si no, ya hace tiempo que hubiera

ido á reunirse con sus antepasados. ¡Si tiene todos los vicios! Es embustero, ladron, borracho. No habria miedo de que comiese el bizcochito si no fuese mojado en vino. (*Abre un armario y saca una botella y un bizcocho.*) ¡Aquí está su botella! (*Al loro que chilla.*) ¿Te aguardarás? (*Moja el bizcocho en el vino y se come la mitad.*) ¡Toma! ¡Y es de canela! ¡Es cargo de conciencia dar cosas tan delicadas á insectos de su especie! (*Se come el resto del bizcocho.*) ¡Eso indigna! (*Se bebe el resto del vino, y dice con cólera.*) ¡Vino de Jerez! Más valiera que se lo diesen á los pobres, que sólo lo beben tinto. (*Al loro que vuelve á gritar.*) Ya voy, ya voy. Si yo pudiese emborracharle... el amo, que no gusta de los borrachos, le mataria. Vamos á ver. (*Abre la jaula.*) Ven, lorito, ven. (*Pone al loro sobre la jaula, echa vino en un vaso, y moja otro bizcocho.*) Toma, toma, pobrecito. (*En el momento en que va á dar el bizcocho al loro, este se escapa por la ventana.*) ¡Ay Dios mio! (*Se bebe de un sorbo el vino.*) ¡Ha volado! ¡Estoy muerto! (*Mira por la ventana.*) Allí está parado, en la ventana de enfrente. Si yo pudiese con esta red... (*Coge con tiento la red de mariposas.*) ¿Quién te quiere, lorito? Yo, yo, yo... (*Lanza la red, la retira en seguida y se ve que ha cogido un gato en vez del loro.*) ¡San Nicodemus! ¡He equivocado el pájaro, y el amo me va á matar! (*Llorando.*) ¿Qué dirá cuando vea que no hay más loro que este en la jaula? (*Con desesperacion.*) No hay remedio: yo me marcho de la casa, deserto; entraré al servicio de las potencias extranjeras. (*Despues de una pausa.*) Mas, ¿y mi reputacion? ¿Y mi honor? ¡Ah! Quedaré como un criado fiel; meteré el gato en la jaula, y al menos el amo no lo perderá todo. (*Mete al gato en la jaula, y la cubre con la funda.*) Pero yo no puedo marcharme sin presentar mi dimision; voy á escribir al amo. (*Pónese á escribir.*) ¡Cómo me tiembla la mano! (*Deja caer el

tintero, y se llena de tinta un grabado.) ¡Maldicion, infierno! Hoy debia tener cortadas las dos manos, si no fuese porque las necesito para comer. (Mirando la estampa.) ¡Cuál se ha puesto! Ahora ya no están desnudos los... termópilos, sino vestidos de luto. ¿Se les habrá muerto su padre, ó será por decencia? La esconderé en alguna parte, para que se seque, sin que nadie la vea. ¡Pobre de mí! Estoy seguro de que me ha crecido la cabeza, y de que si me mirase en un espejo, me saludaria á mí mismo creyendo que era otro prójimo. (Oyese la voz de don Sinforiano; Gedeon, asustado, esconde la estampa manchada de tinta en la canasta de los regalos de boda, y vuelve á cubrirla con cuidado.) Ya están aquí el padre y la futura de mi infeliz amo; hagámosle un último servicio hablando con elogio de él.

ESCENA X

GEDEON, DON SINFORIANO y LUISA, que trae un ramillete de rosas en la mano

SINF. (A su hija.) ¡Ese cochero es un hombre grosero y sin educacion; hacerme pagar dos reales más!... No es por los dos reales, sino por la accion. ¡Representaré á las Córtes para que le castiguen! (Viendo á Gedeon.) ¿Se halla visible el señor don Juan?

GEDEON. Va á comparecer al instante. Se está poniendo decente.

SINF. Bien. (A Luisa.) La casa es buena.

LUISA. Muy triste.

GEDEON. (A don Sinforiano.) ¿Es usted el que viene para casarse con mi amo?

SINF. Yo no, mi hija.

GEDEON. Lo sospechaba. ¿Y esa señorita, es doña Futu-

ra? Le felicito á usted por tener una descendiente tan... benemérita; y tambien me alegro mucho por mi amo, porque es un hombre que merece seguramente ser feliz. ¡Es el rey de los amos... más aún... el... el decano!... Será un marido á pedir de boca.

SINF. (A Luisa.) Ya lo oyes, hija; es rico y bueno: bien te lo habia yo dicho; hacemos un magnífico negocio.

LUISA. Sin duda, si amase yo á don Juan.

SINF. Eso con el tiempo, con el tiempo. Mira, cuando yo me casé con mi difunta, no la podia sufrir; pues luego la adoré frenéticamente, y hasta la tumba, sin interrupcion.

GEDEON. (Aparte.) Continuemos el elogio del amo. (Alto y suspirando.) ¡Qué lástima que un ente así tenga tantas virtudes!

SINF. (Admirado.) ¿Cómo?

GEDEON. Sus virtudes le pierden, señor; si don Juan no fuese tan benéfico, seria dos veces más rico de lo que es. Pero socorre á todo el mundo, y así se arruina.

SINF. ¿Conque es un derrochador?

GEDEON. Por compasivo... y acabará por morir en un hospital...

LUISA. ¿Qué tal, padre mio; qué dice usted á esto?

SINF. ¡Con tus consejos se corregirá!

GEDEON. ¿Consejos? El amo no sigue los de nadie, ni los necesita. (A Luisa.) Bien puede usted decir, doña Futurita, que tendrá un marido de tanto talento... como un mono... y más fiel que... un perro de aguas. Nunca ha entrado aquí ninguna mujer, nunca, nunca. Ni tampoco lo hubiera permitido mi hermana.

LUISA. (Con duda.) ¿Su hermana de usted? ¿Y quién es?

GEDEON. Mi hermana... Carlota... la criada del señor.

LUISA. ¡Ah!

GEDEON. ¡Quiere tanto al amo, y el amo la quiere tanto tambien! No hay miedo de que la despida, no;

primero renunciaria á todo... hasta á casarse... ¡Toma! ¡Ya lo creo!

LUISA. ¿De veras?

GEDEON. Es tan bonita Carlota... más bonita que usted... y los domingos sobre todo, cuando se pone un reloj y una cadena que la regaló el amo, está que da gozo.

SINF. (Impaciente.) Bien, bien. Vaya usted á prevenir al señor don Juan que le estamos esperando hace un rato. ¡Es particular!

GEDEON. Voy corriendo. (Aparte.) La hija me gusta más que el padre, porque él tiene unas cosas en la frente... ¡Ay! Voy á preguntarle á Carlota qué es lo que tiene en la frente. (Deteniéndose en la puerta á mirarle otra vez, dice con tristeza.) Lo adivino... Sí... ¡Este viejo es muy feo! (Vase.)

ESCENA XI

DON SINFORIANO y LUISA

LUISA. Me parece, papá, que no dudará usted lo que significa cuanto acaba de contarnos ese bolo.

SINF. Hija mia, te comprendo; pero no debes condenar á un hombre por habladurías de criados.

LUISA. Y ya ve usted que no solamente el carácter de don Juan le conducirá á su ruina, sino que tiene en su casa... una...

SINF. ¿Una qué, niña?

LUISA. Una querida.

SINF. Pues bien, la plantas en la calle.

LUISA. ¿No ha oido usted que es imposible?

SINF. Te lo repito: ¿quién hace caso de cosas de criados? Esa especie de... funcionarios, son embusteros y calumniadores. ¿No tuve uno que iba diciendo por todas partes que yo era un bestia? Yo le ajusté las cuentas, y la opinion pública no varió la que merezco.

LUISA. Ya sé que don Juan es rico; pero las riquezas no proporcionan la felicidad.

SINF. No, pero procuran las comodidades; y el pobrete ha admitido con tanta resignacion mis condiciones, que fuera una barbarie, Luisita, oponerse á esa union. Piensa que esta tarde debe firmarse el contrato, y entregarme mañana dòs mil duros.

LUISA. Aún no los ha visto usted en su poder.

SINF. ¡Qué idea tan mala tienes de tu futuro!

LUISA. Ese título precisamente es el que le perjudica á mis ojos.

SINF. (Aparte.) Es lo mismo, idéntica á su madre. (Alto.) Aquí está don Juan: haz por mostrarte amable con él.

ESCENA XII

DICHOS, DON JUAN, GEDEON y CARLOTA

JUAN. Perdone usted, señorita, si la he hecho esperar. Buenos días, suegro; me alegro mucho de verle á usted...

SINF. Y yo tambien.

GEDEON. (Aparte.) ¡Cómo!... Se alegra de verle... ¡Buen gusto tiene!

JUAN. Luisita, ¡qué dia tan feliz el de mañana! ¡Es el más venturoso de la vida!

LUISA. Así dicen.

JUAN. Y yo lo espero.—Pero, papá, sentémonos, y nos traerán alguna chuchería.

SINF. Corriente, corriente; yo siempre estoy dispuesto.

JUAN. Gedeon, toma el ramillete de esta señorita.

LUISA. (Dándosele.) Tenga usted cuidado de no ajármelo.

GEDEON. (Cogiéndole con precaucion.) Voy á ponerlo en agua fresca.

CARL. (Sale ahora por el foro con una bandeja de dulces y botellas.) Ayúdame á acercar esa mesa. (A Gedeon.)

GEDEON. Voy, hermana. (Coloca el ramillete sobre la silla que está delante de la mesa de la derecha. Luego trae el velador al medio del teatro, y Carlota pone sobre él la bandeja.)

SINF. Comiendo podemos hablar de nuestros asuntos. (Gedeon acerca una banqueta para Luisa, y una silla para don Juan.)

LUISA. (Bajo á su padre.) No se esté usted dos horas engullendo, segun costumbre.

SINF. No; algunos instantes nada más.

CARL. Cuando ustedes gusten, señores.

JUAN. Vamos, vamos, Luisita. (Gedeon le pone á don Sinforiano la silla en que dejó el ramillete; aquel se sienta, y vuelve á levantarse en seguida, dando un grito de dolor.)

SINF. ¡Ay!... ¡Caspitina!

JUAN. ¿Qué es eso?

GEDEON. (Cogiendo el ramillete con la mayor tranquilidad.) Ya sé, ya sé lo que es.

JUAN. ¿Cómo?... ¿Sabes?...

GEDEON. (Enseñando el ramillete aplastado.) Era el ramillete de la señorita, y sin duda se ha hincado las espinas en...

LUISA. (Enfadada.) ¡Mi ramillete! ¡Bonito está!

SINF. (Dolorosamente.) No es el ramillete lo que yo siento, sino... ¡ay, ay!

JUAN. ¡Imbécil! ¿Por qué le pusiste sobre esa silla?

GEDEON. Lo puse... interinamente... y sin pensar que el señor lo fuese á pisar de ese modo.

JUAN. ¡Es insufrible este muchacho! Se podria hacer un tomo sólo con referir sus barbaridades.

GEDEON. (A don Sinforiano con afliccion.) Le compadezco á usted, desgraciado padre... Pero metiéndole en agua fria, verá usted cómo se remedia el mal. (Mirando el ramillete.)

SINF. ¡En agua fría!

JUAN. Vamos, señor don Sinforiano, siéntese usted.

SINF. (Apoyándose on la mesa, sin sentarse.) No, no, no; hablaré y comeré de pié.

JUAN. ¿Ves lo que haces, estúpido?

GEDEON. No lo veo, pero me lo figuro.

LUISA. (A don Sinforiano.) Vamos, hable usted, papá; si no vamos á estar aquí hasta mañana.

SINF. Bien, bien. (A don Juan.) Conque, querido yerno, ¿firmamos lo consabido?

JUAN. (A Luisa.) ¿Quiere usted una yema, señorita?

LUISA. No, mil gracias.

SINF. Pues el documento...

JUAN. (A Luisa, desentendiéndose de su padre.) ¿Prefiere usted esta perita?

SINF. (Sentándose.) Parece que no me oye.

GEDEON. (Aparte.) ¡Se sienta! Se le habrá aplacado el dolor.

SINF. Señor don Juan, el notario ha debido enviar el contrato de matrimonio.

JUAN. En efecto... sí... sí... me lo envió...

SINF. (Con satisfaccion.) ¡Aaah!

JUAN. Yo no entiendo mucho de esas cosas, y...

SINF. Ni yo tampoco; pero, en fin...

CARL. (Bajo á don Juan.) Firme, firme, señor.

SINF. Para eso hay notarios, y puede uno fiarse de ellos.

JUAN. (Dudoso.) No siempre.

SINF. ¿Cómo... cómo...?

JUAN. (Titubeando.) He consultado con mi agente de negocios, y ha sido de opinion...

SINF. ¿De qué?

CARL. (Aparte.) ¡Bueno! ¡No va mal!

JUAN. De que el contrato debia modificarse...

CARL. (Con resolucion.) Y el amo lo ha roto. (Todos se levantan, y hasta el fin de la escena Carlota y Gedeon colocan las sillas y el velador en su lugar, y se llevan las botellas y los dulces. Este movimiento debe ser muy rápido.)

SINF. ¡Lo ha roto!

LUISA. Si yo lo habia previsto... si yo habia dicho que el señor es un avaro, que apreciaria más su dinero que la felicidad... ¡Ya ve usted la afrenta que nos hace!

JUAN. Señorita, yo no he tenido intencion...

LUISA. (Furiosa.) ¿Qué me importan las intenciones?

SINF. Modérate, hija, modérate.

JUAN. (A Luisa.) Permítame usted que le explique...

LUISA. No, señor; ya sé bastante, y aun demasiado. Todo se acabó entre nosotros, y me avergüenzo del paso que he dado por obedecer á mi padre. Si me dejara llevar de mi genio, era capaz de... (Hace un movimiento como para coger algo que tirar á la cabeza á don Juan; el padre la contiene.)

SINF. ¡Niña, niña! (A don Juan.) ¡Estos son los nervios malditos! En semejantes arrebatos pega á todo el mundo, pero después se le pasa, y es una malva.

GEDEON. (Aparte.) ¡Pues cocerla!

JUAN. Estoy persuadido de que su papá de usted apreciará los motivos... (A Luisa.)

SINF. Ciertamente. (Bajo á Luisa.) Lo vas á echar á rodar todo.

LUISA. ¿Y qué me importa?

JUAN. Cuando están corridas las amonestaciones, y comprados los regalos...

SINF. ¡Y magníficos que son! (A media voz á don Juan.) Enséñeselos usted.

JUAN. Al momento. (Hace seña á Carlota de que acerque la canastilla, y aquélla la coloca junto al velador.)

LUISA. Es inútil.

SINF. ¡Vamos, paloma, sé razonable; qué diablo! (Destapando la canastilla.) Mira, mira.

GEDEON. ¡Quisiera hallarme siete estados debajo de tierra! (Aparte temblando.)

SINF. (Sacando todas las galas manchadas de tinta.) ¡Qué veo!

JUAN. (Asombrado.) ¿Qué es esto?

LUISA. ¿Otra burla?

GEDEON. ¡Ya sé; ya sé lo que es... es tinta!

JUAN. ¿Alguna nueva gracia tuya, maldecido? (A Luisa.) Señorita... estoy confundido... y ruego á usted que no crea...

LUISA. No se tome usted el trabajo de disculparse, caballero; usted ha querido mofarse de nosotros, está visto.

JUAN. Señorita, por Dios, si...

SINF. (Sacando lo que hay en el canastillo.) ¡Todo, todo estropeado, perdido... ah!

JUAN. ¿Quién habrá hecho una cosa semejante?

LUISA. (Mirándole.) No es difícil adivinarlo.

JUAN. ¿Es posible que suponga usted...?

LUISA. En siendo malo, todo lo supongo de usted: sin duda estaba ya arrepentido de haber dado su palabra; sin duda alguna persona... de la casa, le habrá aconsejado que nos haga semejante ultraje... Es un escándalo lo que aquí pasa; es una picardía lo que usted ha hecho con nosotros. Pero por mi nombre que esto no ha de quedar así...

SINF. ¡Hija, hija!... (Bajo á ella.) ¡Imprudente! ¿Qué haces, cuando con fingir un poco habias atrapado un marido?

LUISA. Y sépalo usted, yo nunca le he querido; si me casaba con él era en obediencia á mi padre, porque usted es rico; y como yo soy tan humilde... tan dulce...

GEDEON. ¡Se conoce!

JUAN. ¡Qué desengaño!

CARL. ¡Gracias á Dios!

LUISA. Pero mañana, ó esta tarde quizás, vendrá mi primo el capitan á pedir á usted una satisfaccion. Y si no se la concede, le pondrá como nuevo de bofetones; y si se baten ustedes, le matará, porque él es un arrogante mozo, que todo lo hace muy bien, y usted tiene trazas de no servir para nada. Conque, he dicho; vámonos, papá.

GEDEON. (Con exaltacion.) Pues bien; no, no. Yo no permitiré que se acuse á mi amo; haga usted que venga el alcalde de barrio; que me aten los piés á la espalda; me es igual. Yo soy el que lo ha hecho todo, y esta es la verdad, en su traje deshonesto de verano.

JUAN. (Furioso.) ¿Tú, demonio, tú?

GEDEON. ¡Yo, demonio, yo! Es tinta, no es más que tinta; con limon saldrá.

CARL. (Aparte.) ¡Ay, pobre de él!

LUISA. (Con ironía.) Muy laudable es el afecto de este criado; pero no creo la historia que nos cuenta. Vamos, vamos pronto, papá...

SINF. No corras, no corras... ¡Ay, si tú tuvieras...!

LUISA. Prepárese usted, caballero (A don Juan.) para recibir la visita de mi primo el capitan de caballería. (Váse tirando de su padre.)

ESCENA XIII

DON JUAN, CARLOTA y GEDEON

JUAN. ¿Pienso, señor Gedeon, que no pretenderá usted permanecer ni un momento más en mi casa?

GEDEON. No, señor, me retiro... Comprendo la dignidad de mi posicion... y voy á entregarle á usted todo lo que tengo suyo. (Se quita ligeramente la casaca.)

CARL. ¿Qué haces?

GEDEON. Voy á devolver al señor todo lo que le pertenece: esta casaca, este chaleco, estos pantalones, esta camisa... todo...

CARL. (Impidiéndolo que se desnude.) ¡Detente!

GEDEON. (Con solemnidad.) No temas nada, Carlota; las ligas son mias.

CARL. ¿Es posible, señor? ¿Le echa usted á la calle?

JUAN. Sin remision. Que se lleve su ropa, y que no vuelva yo á oir hablar siquiera de ese infame. ¡Haber descompuesto mi boda! Vete, vete pronto, ó si no...

GEDEON. (Volviéndose á poner la casaca.) Sí, señor, sí... (Yéndose.)

CARL. No, no; no hará usted esa crueldad.

GEDEON. (Con dignidad.) Déjale, Carlota; tú no conoces toda la dimension de mi infortunio.

CARL. Pero, ¿y á dónde vas?

GEDEON. Yo tengo mi plan; me voy á Africa. Me dedicaré á conducir camellos por las playas extranjeras.

CARL. Eso es una nueva locura.

GEDEON. Ó sentaré plaza de beduino, y si no... de cafre. (Abrazando á Carlota.) Adios. Allí gozaré de muchas delicias desconocidas aquí: la pipa, las odaliscas, el turbante... ¡Lo mejor me parece que ha de ser el serrallo!

CARL. (Llorando.) ¡Yo no puedo separarme de tí! (Don Juan está sentado y muy afligido.) Señor, una vez que el arrepentimiento no le conmueve á usted; ya que consiente usted en que salga de la casa donde ha nacido...

JUAN. ¿Qué?

CARL. (Llorando.) Yo no le abandonaré; puede usted buscar otra criada.

JUAN. ¿Qué dices?

GEDEON. ¡Heróico rasgo!

JUAN. (Haciendo un esfuerzo.) Bien... bien... una vez que lo quieres... idos los dos.

CARL. ¡Ah! (Con dolor.)

GEDEON. Carlota, tu conducta te engrandece; á mis ojos tienes quince pies de altura, que es una bonita talla para mujer. Anda, anda, ve á hacer tu cofre, querida; ¡pobre infeliz, desventurada Carlota! ¡Es una heroina! (Acercándose á don Juan.) Sí, señor, es una heroina; y si no temiese decir un disparate... la compararía... con la monja Alférez... (Movimiento de Carlota. Gedeon prosigue, dándose importancia.) Por el valor se entiende... Anda, Carlota, anda. Yo me encargo de lo demás.

CARL. (Yéndose, y con emocion.) ¡Y él me deja marchar tambien!

ESCENA XIV

DON JUAN y GEDEON

JUAN. (Levantándose.) Ya lo ves; tu hermana me abandona, y hasta de eso tienes la culpa. (Comienza á andar á pasos largos por la sala.)

GEDEON. (Se pone junto, y da los mismos pasos que su amo.) Es verdad, señor; es una desgracia; el eclipse influye sin duda en mí...

JUAN. (Andando siempre.) Dí que es tu incurable torpeza, tu bestialidad, tu estupidez.

GEDEON. (Acompañando siempre á don Juan.) Sí, señor.

JUAN. (Lo mismo.) ¡Dejarme de este modo! ¡Condenarme á la soledad, á mí que tenia costumbre de verla, de ser servido por ella!...

GEDEON. ¡Oh! Robinson vivia tambien solo, y eso no le impidió que fuese muy feliz en su isla. (Separándose de don Juan y aparte.) Es verdad que tenia un loro, y este desgraciado mortal hasta ha envidiado de él. (Alto.) Señor, quisiera que me pusiera usted un certificado de que no hemos salido de su casa por nada malo: no por mí, sino por mi hermana.

JUAN. Jamás; es una ingrata, una infame, que me abandona.

GEDEON. (Con orgullo.) ¡Señor!

JUAN. ¿Qué es eso?

GEDEON. Mi hermana es alta...

JUAN. ¿Y bien?

GEDEON. Mi hermana es gorda.

JUAN. ¿Acabarás?

GEDEON. Mi hermana es nariguda, señor; pero, sin embargo, es incapaz de haber robado ni jota en su casa de usted, ni de llevarse un cabello suyo en el bolsillo.

JUAN. Estoy muy lejos de acusarla. (Se sienta delante de la mesa de la derecha.)

GEDEON. Aquí está su libro de cuentas. (Lo saca de la papelera.)

JUAN. No hay necesidad...

GEDEON. (Poniendo el libro sobre la mesa, á pesar de don Juan.) Sí, señor; mire usted qué limpio y qué curioso está; y si tuviese las manos puercas...

JUAN. (Viendo la carta que Carlota metió allí antes.) ¡Una carta! (Se levanta, y la lee rápidamente.)

GEDEON. ¿Qué habrá encontrado?

JUAN. ¿Qué he leido? ¡Es posible! ¡Carlota! ¡Ah! Corramos. (Váse ligeramente por el fondo.)

ESCENA XV

GEDEON, después CARLOTA

GEDEON. ¿Pues no echa á correr como si le picase algo?

CARL. (Saliendo con un lío.) ¿Estás ya, Gedeon?

GEDEON. Sí, hermanita.

CARL. ¿Y el amo? No quisiera irme sin verle.

GEDEON. Tranquilízate: ya le he enseñado yo tus cuentas.

CARL. ¡Ah! ¿Qué has hecho? ¡Me has perdido!

GEDEON. (Buscando por el suelo.) ¿Te he perdido? Yo te buscaré.

CARL. Mi único remedio es huir de esta casa.

GEDEON. (Desesperado.) Carlota, pégame, zúrrame sin compasion. (Aparte.) ¿Acaso habria sisado? (Alto.) Hermana, si te has equivocado en alguna cosa lo mejor es que se lo confieses.

CARL. ¡Jamás! ¡Antes la muerte!

GEDEON. ¡Esto es trágico! (Alto.) Pues bien; tú has sido generosa conmigo, y ahora me toca serlo á mí. Aquí viene el amo; no tengas miedo.

CARL. (Aparte.) ¿Qué le diré?

ESCENA XVI

DICHOS y DON JUAN, con la carta de Carlota en la mano

JUAN. (Corriendo.) ¡Carlota! ¡Carlota! ¿Es posible?...
GEDEON. Sí, señor; yo soy la culpable.
CARL. Un momento de error...
JUAN. (Con entusiasmo.) ¿De error dices? No, no; esta carta...
GEDEON. (Aparte.) ¿Una carta? (Alto.) Yo soy quien la ha escrito.
JUAN. El sentimiento que respira...
GEDEON. (Aparte.) ¿Sentimiento? (Alto.) Ese sentimiento es mio, mio. Sí, señor; yo soy quien lo ha escrito; y ese sentimiento de que hablais, soy yo el que lo experimenta; ¡Gedeon, el culpable Gedeon, que se arroja á vuestras plantas! (Se arrodilla.)
JUAN. ¿Pero qué significa esto?
CARL. No le escuche usted. ¡Pobre muchacho! Quiere disculparme, y no sabe la falta que he cometido.
JUAN. ¡Falta! Carlota, tú no puedes creer...
CARL. ¡Cómo! Señor... ¿olvida usted...?
JUAN. Yo necesitaba una mujer buena, prudente, laboriosa, amante...
CARL. Señor... (Bajando los ojos.)
JUAN. ¿Quieres mi mano?
GEDEON. (Aparte.) ¿Para qué le sirve á ella su mano?
CARL. ¡Ah! (Tomando la mano de don Juan.)
JUAN. Mañana serás mi esposa.
GEDEON. (Dando un grito.) ¿Su esposa? ¿Ella? ¿Quién? ¿Él? (Va á dejarse caer sobre un sillon, pero este rueda, y él cae sentado en tierra.) No hagais caso, es el eclipse que continúa sus efectos.
CARL. Pero, señor, no poseo nada, y si doña Luisa volviese á ofrecerle á usted su mano, como es rica...
JUAN. No temas; y para probarte que no quiero verla

más, voy á devolverle ahora mismo el regalo que me hizo; Gedeon... lleva esa jaula á casa de don Sinforiano.

GEDEON. (Aparte.) ¡Cielo de Dios! ¡Soy muerto!

CARL. ¿Qué tienes?

GEDEON. (Después de descolgar la jaula, que está cubierta con la funda, la trae al proscenio con abatimiento.) Señor, yo no soy un sabio; pero sé que hay orugas que se vuelven mariposas; sé que hay huevos que se vuelven pollos, y esto me explica...

JUAN. ¿El qué?

GEDEON. Hace algun tiempo que yo notaba á ese loro muy variado, porque no hablaba casi; y luego se le caian las plumas que era una compasion.

JUAN. ¿A dónde vas á parar?

GEDEON. Señor, le advierto que el desenlace es triste, y le suplico que no se asuste. Esta mañana, cuando fuí á darle su bizcocho, mire usted en qué estado encontré al loro! (Quita la funda, y se ve al gato que da vueltas en la jaula.)

CARL. y JUAN. (Riéndose.) ¡Un gato!

GEDEON. (Tristemente, y haciendo una señal negativa con la cabeza.) Eso me pareció al principio... pero me he informado mejor, y es...

JUAN. ¿Qué?

GEDEON. Es una gata... un gato del bello sexo.

JUAN. (Riéndose.) ¡Otra de las tuyas! ¿Habrás dejado escapar al loro? (Gedeon hace un gesto afirmativo.)

CARL. Pues bien, saldremos del paso comprando otro.

JUAN. Vamos, olvido todas tus gracias.

GEDEON. (Con orgullo.) Pues yo no quiero, cuñado, (Sorpresa de Carlota y don Juan.) una vez que han hecho vuestra felicidad. (A Carlota.) Te vas á casar, hermana, y lo único que te pido es que á tu primer hijo le pongas Gedeon.

JUAN. ¡Necio! ¿Y si es hembra?

GEDEON. ¡Es verdad! (Alejándose y aparte.) ¡Qué lástima que eso no se sepa con anticipacion! ¡Vea usted! Ahora voy á estar ocho ó diez meses en la igno-

rancia de si seré tio... ó tia... ó lo que es lo mismo... (Al público.) si seré aplaudido ó silbado... ¡Silbado! ¡Esta seria una gracia peor que todas las mias! Conque señores... ¿por qué se deciden ustedes? Por... (Silbando.) ó por... (Aplaudiendo.) Vamos... ¡Gracia para mis *Gracias!*

FIN DE ESTE JUGUETE